Tom. I. Num. 12. — 89 — 18 de junio de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

EL POETA DRAMÁTICO.

Por tus barbas, Wenceslao,
que como me llamo Gil,
há un mes que la pena negra
me estás haciendo sufrir.
¡Como escritor de la *Risa*
me anuncias! Pues, pese á tí,
¿no sabes ya que mi oficio
es solo en sério escribir?
Mi musa no es juguetona,
pídeme llanto, eso sí;
que á veces hago llorar,
aunque gracias á una actriz
que mueve los corazones
con su voz de serafin.
Mas me envias tu periódico,
y siendo fuerza cumplir,
todo el mes que llevo dicho
me he devanado el magin.
Nada, ni un verso siquiera;
mas hoy me resuelvo, al fin,
y he de procurar servirte
hoy que me acosa el esplin.
—¡Esplin! dirás... ¡Buen anuncio!
—Pues yo te digo que sí:
cuando un hombre está enfadado
es cuando hace mas reir.
—¿Que pena tengo, preguntas?
—¿No basta, triste de mí,
el ser poeta dramático?
¿Hay suerte mas infeliz?
Si tu lo fueras, Ayguals,
no te verian lucir
esos mofletes rollizos
dó arde el florido carmin;
ni tuvieras esas barbas,
pues te juro por San Luis
que arrancado las hubiera
tu mano en un berrenchin.
Empieza por que es preciso,
si tu drama ha de existir,
que busques en tu caletre
un argumento gentil.
¡Encontrar un argumento!
¡Ahí es un grano de anis!
¡Despues que han hecho comedias
Calderon y Shakespir!
Buscas novelas, historias,
revuelves aquí y allí,
y ya piensas en Lucrecia,
ya en Rodrigo, ya en el Cid.
¿Le encontraste ya?... A la obra.
Te inspiras... Muy bien... así,
así va bueno... ¡O que versos!
No imites á Moratin;
que en esto de hacer comedias
era solo un zascandil.
Deja la pedestre prosa,
al cielo te has de subir,
y en románticos conceptos
muestra tu ingenio sutil.
Naturales y sencillas
las cosas no has de decir;
procura que no te entiendan,
que en eso, Ayguals está el *quid*.
¿Décimas? ¿Quintillas?...¡Bueno!
Ahora toma el clarin,
y atruena bien con octavas,
que sino se han de dormir.
Sobre todo, echa de flores
y perlas un celemin,
y los *ensueños dorados*,
y el *rielar* han de salir.
¿Tres mil versos enjergaste?
¡Hombre, basta!... Pon ya fin:

mata al héroe.—¿Puñalada?
—No, dale garrote vil;
lo otro es clásico.—Ya está.
—¡Famoso! Te has de lucir.
—¿Y ahora?—Ahora en caliente,
en una orgía ó festin,
lo lees á tus amigos,
que por fuerza han de aplaudir
si es el vino de Champaña,
de Burdeos ó del Rin.
—Pues vengan.—¿No te lo dije?
¿Los ves de entusiasmo hervir?
¡Divino! dice Lupercio:
¡Sublime! grita Crispin;
y beben, y rien, y hablan,
y aplauden...¡Vate feliz!
¡Al teatro luego, luego,
que admire todo Madrid!...
¡Ay, mísero dramaturgo,
tu gozo concluye aquí;
que entras con el empresario,
y un editor tan cerril,
que, de los dos, el mas bueno
tiene un alma de Caín.
Este, haciéndose de pencas,
dice: no puedo imprimir;
los dramas me han arruinado;
y entre Breton, Vega y Gil
me han sacado esta semana
el postrer maravedí.
Pues ¡no es nada el empresario!
Le saludas muy civil,
y él finchado te recibe
mas sério que un puerco espin.
—Se leerá en el *comité*,
dice.—¿Pronto?—Por ahí
dése usted de cuando en cuando
una vuelta...Das dos mil,
y al cabo de cinco meses
te llega tu San Martin.
Reúnese el tribunal,
y allí es ella...¡San Dionis,
llevadme á la inquisicion,
que no hacen tanto sufrir!
Uno fuma, otro bosteza,
cual se arregla el corbatin,
aquel rie malicioso,
y este fingiendo escribir,
hace del pobre paciente
ridículo figurin;
y el lector suda y trasuda,
y cayendo aquí y allí,
corre cual perro con maza
por alcanzar pronto el fin.
Mas pasemos adelante;
y te hago ya tan feliz,
que de aquellos cancerberos
ablandas el ceño hostil.
Ya te hallas dentro...Ya pronto...
¿Pronto dije? No, mentí.
Al cabo de veinte meses
llega el turno...A *repartir*.
Paso por alto las penas
de esta operacion sutil,
que mas tardára en contarlas
que en ir desde aquí á Pekin;
y ya te hago en los ensayos...
Mas por Dios, no quieras ir
al que llaman *de papeles*;
pues si das en tal desliz,
te juro que de aburrido
rasgas el drama al salir.
¡Y el *de mesa*!...¡Que barullo!
¡Y los demas!...¿Quien allí
resiste? Trifulca tal
no la hubo en San Quintin.
Y todos gritan á un tiempo:
¿Que tal? ¿Va bien?.. ¿Es así?
Si halla usted alguna falta,
no tenga empacho en decir...
—¡Faltas! ¡faltas! Si, por cierto,
las habrá; mas voto al Cid,
ni es posible conocerlas
con tal charlar y reir,
ni aunque las viera, es inútil
que me desgañite aquí.
—Diga usted; este papel
¿como se debe vestir?
pregunta la dama jóven;
déme usted el figurin.
—Yo pienso que de este modo.
—¡Jesus! ¿Así he de salir?
Voy á estar fea.—Pues bien,
¡Saque, si quiere, un mandil!
—La nota para el anuncio,
dice el galan.—No creí
que fuese preciso.—¡Como!
¡Sin nota el drama ha de ir!
No vendrá nadie...A escribirla:
que es magnífico decid.
—Por último, el dia llega,
¡dia fatal!...El violin
suena en la orquesta; el teatro
de gente se mira henchir;
los actores ya vestidos,
se ponen blanco y carmin;
y al son de la campanilla,
se alza el telon... ¡Ay de mí!
¡Momento horrible, angustioso!
¿Donde hay un chirivitil

en que me pueda esconder?
En la embocadura, sí...
Ya empiezan... ¡Jesus! ¡que mal!
¡Mas alto!...Que no han de oir.
¡Alma! ¡Fuego!.. ¡Se equivoca!
¡Me asesinas, malandrin!...
¡Valgame Dios, y que toses!
¡Que estornudar! ¡que escupir!
¿Que ruido es ese? ¡Un silvido!
¡Oh, comparsa baladí!
Deja esa puerta, ¿no ves
que el gozne chilla, mastin?...
Mas arrecia la tormenta.
¡Que tempestad!...¡Chis! ¡chis! ¡chis!
¡Afuera, afuera!—¡El autor!
¡Que salga!—No.—¡Pif! ¡pif! ¡pif!

—¿Que he de hacer? Mejor será
ver si es posible escurrir
el *bulto*...Rabo entre piernas,
me abro paso hasta el pretil,
y entre la gente que chilla,
atravesando Madrid,
llego á mi casa, y me arrojo,
dicho en francés, sobre el *lit*,
que ya me tiene apurado
el fiero asonante en *i*.
¿Hay mas males todavía?
Sí, resta mas cruda lid;
que tras la silva, ya veo
los periódicos venir,
y como ropa de páscua
me pone su folletin;
y si á contestar me atrevo,
crece mas su frenesí,
y contra mis huesos se arma
periodístico motin;
¡que no puedo llamar nécio
á quien me lo llama á mí!
Esto es hecho; no mas dramas;
afuera oficio tan ruin;
antes que á poeta cómico,
quiero meterme á alguacil.

ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

UNA ESTRAVAGANCIA.

¿Qué cosa es pensamiento? Hé aquí una pregunta que á mí mismo me hago; y que á pesar de toda su lisura, apuradillo me veo para contestármela. En efecto ¿quién es capaz de hacer la definicion de este caballero, antojadizo cual niña de quince abriles, ridículo (y no es amor propio) como el que esto escribe, y feo á veces como el estracto que de su persona, hábitos é inclinaciones ha hecho el demócrata Ayguals de Izco? Y ya que por incidencia he tocado este particular, permítaseme que de él deduzca, que si la *Risa* causa risa, se debe solamente á la fealdad de sus redactores, mejorando los presentes. Mas vuelvo á mi asunto, y salga como saliere, que no es cosa que en el siglo de lo positivo se pare ningun hijo de Adan en pelillos; porque de lo contrario menester seria que me dejase la ca-

beza, y aínda mais, como de pedernal un plato; lo que no entra en mis cálculos, porque este servidor de Vds. es en estremo aficionado al bello... sexo, se entiende; y admírense Vds. lectores de la consonancia que guarda con aquel pelo este bello. Por lo tanto, lectores, mirad oblicuamente ácia la derecha, luego ácia la izquierda, y de derecha á izquierda; volviendo los ojos, leereis lo que á mi soberana voluntad le place escribir y á la de la *Risa* publicar.

Es el pensamiento... ¿qué será el pensamiento? En cuanto á mí, no me queda duda que es algo, pero en el algo está la dificultad..... Es el pensamiento...¡calle! ¿Y ya se ve que es? ¿quién lo duda? Pero, qué es? ahí está el busilis... Es el pensamiento... Ya dí en el busilis y en la dificultad! El pensamiento es una cosa invisible, inodora, sin color ni sabor, en fin una cosa igual al pensamiento; y ¡vive Dios! que nadie me diga lo contrario, que capaz seré de recomendarlo al ciudadano Villergas como pié para un epígrama; porque nadie puede hablar mejor de la boda que los novios; y tengo para mí que si el pensamiento es parte integrante de mi existencia, como cristianamente creo, y tengo sobre él algun derecho, nadie, como yo, podrá hablar de sus propiedades. Propiedades! Y ¿cuáles son las propiedades del pensamiento? Muchas sin duda; pero entre ellas sobresale esa espantosa volubilidad de que dá tan repetidas pruebas, que no parece sino que nació para ser patriota del siglo XIX. Condenado siempre á no gozar de reposo, tan pronto se remonta hasta el Empíreo, y se entretiene en decirle cuatro piropos á Venus y en echar una mano de conversacion con Capricornio, ó bien en jugar á la gallinita ciega con las siete cabrillas, como desciende á las profundas y lóbregas mansiones del Averno, y mide las dimensiones del rabo de Pluton, ó contempla el pudibundo candor de su consorte Proserpina, (que si tiene pensamiento no dejará de fijarlo de vez en cuando en el famoso suplemento que al dorso su esposo tiene); cánsase de esto, y fija su dominio en el espacio; y allí... allí es regular que juegue con los insectos: luego se recrea con la muerte, á pocos segundos se halla en la batalla de Marengo con el gran capitan del siglo; al instante goza con *la hormiga que en guardar se afana*; á poco en el águila que remonta su vuelo hasta las nubes: y asi en descensos y ascensos y quedando en medio, y pensando en la muerte y en la vida y refocilándose con el doncel ó con la doncella, que será segun el sexo del individuo á que pertenezca, viene á fijarse en algo que lo absorve todo por largo rato, aunque el asunto no sea digno de que en él se fije ni el tiempo necesario para decir ah! Y esto cabalmente me sucede á mi ahora.

¡Ojalá que en cambio mi pensamiento se ocupara en ser canónigo: aunque no... de esto fuera bueno que se hubiese ocupado años atrás, pero ahora seria una locura, ni menos en ser ministro, que cosa seria esta para tirarse de los pelos y ya he manifestado que á los mios los estimo quizás en mas de lo que valen (y cuidado que son rubios) puesto que cojo un tabardillo cada vez que tengo la desgracia de poner mi cabeza entre las pelicidas manos del diplomático barbero. Pero me distraigo, cosa que nada tiene de estraño, cuando tan de moda se han hecho las distracciones, que nadie está en lo que hace. Ya se ve, y como falta un presidente que me llame á la cuestion! Pero al caso.

Es el caso peliagudo como barba de romántico; es el caso mas grande y estupendo que ha ocupado pensamiento humano; es un caso mónstruo, y dicho está lo bastante para probar su importancia. Redúcese nada menos que á demostrar un gran secreto en el que nadie hasta de presente ha fijado la consideracion, un elemento poderoso que existe en la sociedad, y que pasa desapercibido, como pasan tantas otras cosas grandes y maravillosas al propio tiempo que otras de menor cuantía mueven una zambra estraordinaria. Y prueba de ello ¿á qué no adivinan Vds. cual es el medio mas espedito que tienen los hombres para comunicarse? —A qué sí? la lengua.—Pues están Vds. equivocados, no es la lengua, es cierta quisicosa que acerca á los hombres sin conocerse, y obliga á hablarse á los que con otra vez que se vean se ven dos veces.—No diga V. mas, que ya sabemos lo que es... la simpatía.—No, que es el peligro.—Tampoco: es la concomitancia.—Jesus! qué disparate! lo que acerca unos hombres á los otros, es el genio.—Riase V. de eso; lo que los acerca es...—Vaya dígalo V. niña.—Si me da cortedad.—Se dan Vds. por cachifundidos?—Si nos damos; mas dígalo pronto.—Poquito á poco, que no estamos en ningun ventisquero, y mientras mas tarden en saberlo, mayor será su curiosidad.

Entre los muchos y prodigiosos inventos que ha hecho el ingenio humano para acercar á los hombres, merece un distinguido lugar este de que trato. Mayor es su virtud que la del vapor, porque si bien este sirve para salvar pronto largas distancias, no tiene el poder para que de buenas á primeras se vaya fulanito derecho á menganito y le hable. El invento que me ocupa, viejo como la risa, es un vehículo poderoso para las relaciones mútuas de los individuos en sociedad: es un medio gastado sin que por ello haya caido en desuso (y en esto conocerán Vds. todo lo que vale) para igualar las condiciones sociales; es en fin un poder que establece la mas justa libertad, y que pone á nivel y une por un momento al clérigo con el militar, al escribano con *el escribano*, al periodista con el fiscal, al ignorante con el sabio, y etcétera. Y es de admirar que una vez de por medio este poder, guardarse todos podrán de dejar desairado al que lo invoca, que capaz será por la negra honrilla de armar una de todos los diablos y convertir en campo de Agramante el sitio en que se encuentre: ni es para menos el asunto porque cada cual tiene su aquel como Dios se lo haya dado, y bien merece que se guarden algunas consideraciones al nivelador de las clases.

¡Oh invento de los inventos! yo te saludo y tu poder admiro! Ahora bien: supongo que ya quedarán Vds. enterados, y habrán venido en conocimiento del objeto que motiva este artículo, pero si por la mucha torpeza de Vds. no comprenden una cosa tan clara y tan esplícitamente manifestada, forzoso me será sacarlos de duda.

Encender un cigarro. Hé aquí el gran caballo de batalla de este artículo; hé aquí el medio poderoso de comunicacion; hé aquí lo que acerca á los hombres sin conocerse; hé aquí, en fin, en lo que nadie ha hecho alto, á pesar de ser materia para escribir gruesos volúmenes, y digna de que los vates templen sus cítaras para cantar sus merecimientos: Oh, tú, el primero que enseñastes que era cosa lícita que mi cigarro en el cigarro de otro se encendiera! Oh, tú, ingenio cual no otro claro! Oh, tú, civilizador de la humana especie, recibe este corto tributo de admiracion que dedica á tu memoria el que mas de una vez ha tenido lugar de probar todo lo que vale *encender un cigarro! pedir la candela!!!*

No hay que asombrarse, lectores, de este mi entusiasmo fumatérico. Atended, á las causas que lo incitan, y tendreis que confesar, de buen ó mal grado, que es justo y como justo noble y á

fuer de noble desinteresado. Porque ese invento sublime no queda reducido á lo manifestado; hay un millon de cosas mas para probar su escelencia. ¡*Pedir la candela*! Y en ese hecho ¿ qué hay de particular? dirá alguno. Pues es nada: figuraos que el pedir la candela es un barómetro seguro para conocer los puntos de educacion y de finura que el pedigüeño calza. Encienda V. un cigarro y colóquese en sitio público; y verá como al olorcillo se le dejan venir encima mas de un aficionado á echar por boca y narices humo; y desde este momento puede V. dar principio á sus observaciones.—Amigo, ¿me hace V. el favor de que encienda este cigarro? Alce V. la cabeza á esta invitacion, y mire quien se la hace; y aunque V. no quiera se encuentra frente á frente con un hombre templado á los tiempos del rey Favila, que en buen hora sea dicho, ha sido el único que ha sabido morir como á los de su clase conviene. Le da V. la candela, y luego que enciende, se la devuelve á V. con el correspondiente «agradecido, amigo.» Por su llaneza y por la minuciosidad con que le pide á V. la candela, tiene V. forzosamente que venir en conocimiento que el tal individuo es un hombre formalote é incapaz, por lo tanto, de faltar á las reglas de buena crianza.—Caballero, ¿tiene V. la dignacion de participarme sus ardores? Y V. al oir esto cae al momento en la cuenta de que el que le habla es un elegante á la *dernier* un fátuo, que mejor se dejaria cortar las narices que espresarse de un modo natural.—¿Me permite V.? le dice á V. otro: un modo de pedir tan conciso revelará á V. al punto que este ciudadano es poco amigo de gastar saliva, y tiene en mucho su estómago para estragárselo fuera de tiempo. Por de contado, que para comprender lo que el tal ciudadano pide, necesario es mirarle á las manos, y que el cigarro supla con su elocuencia muda y tabaquera el fin de la frase.—¿Me hace V. el gusto? Quien asi pide la candela pone en duda el sexo á que pertenece, porque lo que es á mi, varon desde que mi mamá me echó al mundo, no me ha ocurrido jamás la idea de pedir que me hagan el gusto, á ningun individuo de mi sexo: y supongo que á Vds. les habrá sucedido otro tanto. — Y qué no le dará á V. que pensar de la educacion de aquel que con voz ronca le diga!! Camaráa, me da'sté la candela? Con todo y á pesar de que por buena lógica se convence V. de que tal modo de pedir imperativo, y mas que imperativo un tanto si es ó no amenazador, no es el mas á propósito para que V. acceda á su deseo, es seguro que no le hara V. esperar mucho tiempo, por aquello del canguelo.—Pues, y el ¿señorito me hasosté favor? donde me lo deja V.? Quiere V. una prueba mas clara y positivamente positiva, de que el aficionado al cigarro es un pedazo de alcornoque con ojos, que no ha podido salir de la miserable condicion de mozo de mulas; y quien dice de mulas dice de V. ó de cualquiera otros que tengan ó hayan tenido mozos.

Y no es solo en el mero hecho de pedir la candela donde se conoce la condicion y finura de cada quisque; lo es tambien en el modo de coger el cigarro: gaznápiros serán los que le cojan con el auxilio de los cinco dedos; entreverados los que lo tomen con tres; elegantes los que lo hagan con solo los dedos pólice é índice, y finos de toda finura los que el cigarro coloquen entre el índice y el del corazon.

Largo seria enumerar las diversas maneras con que se pide candela; largo seria tambien una relacion detallada para hacer mas palpable la escelencia de este descubrimiento, que acercando á todos los hombres, engendra amistades lo mismo que disputas. Y nadie se estrañe de esta última parte de mi proposicion.

Las mejores instituciones siempre se corrompen en manos de los hombres: ¿cómo habia de librarse la que me ocupa de dar en este escollo? Asi es que no todas son flores; y ocasiones ha habido en que por una negativa á dar candela se ha armado la de Dios es Cristo. Mas esto nada vale, ni tampoco la incomodidad que V. á veces sufre por causa de esta peregrina invencion. Supongamos que V. es casado, y que á su cara mitad le ha dado jaqueca, verdadera ó ficticia que esto no es del caso; supongamos que V. la quiere mucho y que al momento se atortola y sale á la calle en busca de remedio; supongamos que lleva V. un cigarro encendido, y siguiendo en la suposicion, que enmedio de su carrera sale un quidam y le intercepta el paso dirigiéndole la palabra en cualquiera de los modos que van espresados; ¿qué hará V. en este caso? negarle la candela, no, porque daria lugar á disputas; no tiene V. mas remedio que dejarle el cigarro y abstenerse de fumar salvo el consuelo de maldecir en su interior al importuno. Pues: ¿y si va V. por el viático para su suegra, y mas si es rica y no tiene mas hija que la pichoncita de V. y sale un cualquiera y le pide candela? Se desesperará V. porque no es cosa de perder un momento en asunto de tamaña importancia, que crecerá si en lugar de ir por el viático, va á avisar á la parroquia que vaya por el cuerpo de la difunta.

Mas como quiera que estos no sean mas que lunarillos imperfectos, casi imperceptibles al lado del grandioso y civilizador invento de *pedir la candela*, convengan Vds. todos conmigo en que el cerebro que tal concibió merecia estar engarzado en diamantes si ejemplo hay en la historia de haberse engarzado en diamante algun cerebro.

SANTIAGO CASILARI.

LA DULZURA.

Soneto.

Dulces son esos plácidos amores
que nos cuentan mil bellas historietas:
y como nos han dicho los poetas,
dulces son los aromas de las flores.

Dulce es oir los tiernos ruiseñores
en la noche á la luz de los planetas;
y dicen que dulzuras muy completas
dan tambien, buen provecho, los honores.

Pues si hay muchos que cifren su ventura
en estas referidas maravillas;
gozen en paz con ellas á su anchura.

Yo soy de otras costumbres mas sencillas:
y asi cuando se trata de dulzura,
estoy por las dulcísimas natillas.

JOSÉ B. AMADO.

A D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Tengo de tí, buen Príncipe, mil quejas
porque en una cuestion que te he tocado
te haces el sueco y la eleccion me dejas.

Yo quise de sofismas pertrechado,
los tuyos aplanar; esto se llama
volver quien fué por lana trasquilado.

Quizá ingenioso en comprender la trama
la zancadilla á mí embestida ofreces
por dar al traste con mi humilde fama.

Mas no tan pronto á solazarte empieces
pues yo doy el primero, y el primero,
si no miente el adagio, dá dos veces.

Con la chispa feliz que en tí venero
á fuer de verdadero castellano,
y en tales versos que aplaudirte quiero,

Eludes la cuestion, diciendo en vano
cosas que á la presente importan poco,
por mas que atañan á Alcalá Galiano.

No pecas tú por simple ni por loco
algo mas que yo ducho, y menos franco
pisas la prima cuando el sesto toco.

Y aunque nunca me atollo ni me atranco,
temo de tu salida, que es salida
como suelen decir de pié de banco.

Sabes que la ignorancia es atrevida
con la mia allá voy que no es bicoca,
y á decidir contiendas me convida.

De ciego ó mudo, responder, me toca
que cosa es la peor. Soy harto lego
pero escúchame un rato y punto en boca.

Si no me entiendes ya, de tí reniego;
pues bien te está diciendo el consonante
que no hay cosa mas mala que ser ciego.

Pero tú con tu sátira punzante
por consecuencia llamarásme rudo;
pues sobre consonantes es constante,

Que aunque fueran en *udo*, como embudo,
puedo sin ser del Ateneo sócio,
probar que vale un ciego mas que un mudo.

Basta de consonante ó niquiscocio,
no torne el plan en agua de cerrajas.
Vamos al caso, vamos al negocio.

Y sin mas infinitas zarandajas
antes que optar por otro ni por uno
de ambos sabré las contras y ventajas.

Aunque júrote amigo por S. Bruno
que en tan malos estremos estoy fijo
de no optar como pueda por ninguno.

Y ninguno me den si alguno elijo
que no tira el mas nécio y papanatas
piedra á sus tejas como el otro dijo.—

Un ciego, para ahorrarme peroratas,
no tiene que temer gota serena,
ni acometido ser de cataratas.

Y esta seguridad es cosa buena,
que á fé no es despreciable inconveniente
de pensar en cegar la triste pena.

Un ciego puede amar furiosamente,
mas no será por guapas ni por feas
ciego de amor, y si lo dice miente.

Cosas le oirás decir que no deseas
pero digno serás de una paliza
en decirle; antes ciegues que tal veas.

Es tan santo varon que á quien le atiza
nunca le trae *entre ojos*, y en sosiego
aguarda la ocasion sin *ojeriza*.

Mas ten cuidado de arrimarte luego
que un palo es consecuencia necesaria
y es la cosa peor *palo de ciego*.

Gana el preciso pan tocando un ária,
patrióticas cantando con porfia,
ó gritando; ¡Gaceta estraordinaria!

Y harto hace, que si hoy es, por vida mia,
cosa del otro jueves lo ordinario,
lo estraordinario es pan de cada dia.

Un ciego, conocerlo es necesario,
y estos no son inconvenientes flojos,
no necesita el *Eco* ni el *Diario*.

Evítase por esto los enojos
de invertir en andróminas dinero,
y está muy libre de gastar anteojos.

Aunque este ahorro que parece infiero
á dejar de pagar contribuciones,
quien tiene el bolso reducido á cero.

Yo pagara doblones á montones,
que el que paga en Sevilla ó en Ledesma
es señal que le quedan mas doblones.

Pídanme versos y daré una resma;
pero lo que es dinero ni una blanca,
que estoy cual mis amigas en cuaresma.

Esta es mi confesion, bastante franca;
mas... del hecho prescindo, no lo dudo
y no me harás volver ni con palanca.

Soy en las digresiones testarudo:
iba á decir que ventajoso creo
que parece el ser ciego mas que mudo.

Tu no habrás calculado, lo preveo,
las contras de ser mudo, triunfo es grande
podértelo probar como deseo.—

Por mas que un mudo por colejios ande
y aunque mas se encomiende á S. Lupercio
¿qué es lo que pueda hacer que se le mande?

Comprenda lo que es quinto y lo que es tercio
¿por eso le has de atar horas con horas
detrás del mostrador de algun comercio?

Bonito mueble entonces atesoras
para lidiar con mozas y con viejas,
todas tan bachilleras y habladoras.

¿Juzgas sacar buen fruto si le dejas
ser abogado, aunque los siete cursos
logre pasar quemándose las cejas?

Tal vez no careciera de recursos;
mas lleve el diablo al pleito que salvára
la lógica y ardor de sus discursos.

Si siendo cura al púlpito trepara
linda alhaja estuviera el misionero;
y á ser gallo ¡qué gallo nos cantára!

Pues pregonero suponerle quiero,
que cualquiera la bolsa esconderia
para no dar un cuarto al pregonero.

Pero vuelvo las tornas á fé mia,
no puedo por mas tiempo ser tan crudo
que defienda una atroz mejadería.

Y ahora decirte, Príncipe, no dudo,
mas ventajas del mudo sobre el ciego
ó mas contras del ciego sobre el mudo.

Oyeme las razones que te alego
y por no ser prolijo no me ensancho
que á punto estaba de llenarte un pliego.

Chico ó gigante, delgadito ó ancho

es Sancho todo mudo, y no Quijote,
puesto que al buen callar le llaman Sancho.

Nunca un mudo, aunque el pueblo se alborote,
vendrá al Congreso entre oradores rudos
para hacer el papel de monigote.

No obstante que apesar de bien agudos
mas pocos diputados, los restantes
colejio son no mas de sordo-mudos.

Pero déjoos en paz, representantes,
vuelvo al asunto que me tiene en guerra
con un amigo de los mas constantes.

Es la mejor palabra en toda tierra
la que está por decir, y el que habla mucho,
segun suele decirse, mucho yerra.

En todos tiempos pasará por ducho
el que nunca jamás los lábios abra
si importancia se dá de hombre machucho.

Todo mudo ademas su dicha labra;
pues como por el hasta no le cojan
no le podrán cojer por la palabra.

Mas dejo estas razones que me enojan
y pues el turno de los ciegos llega,
oigan sus penas y despues escojan.

Yo disculpo al cristiano que reniega
de estar el infeliz á troches moches
siempre jugando á la *gallina ciega*.

¿Y qué consigue aun cuando arrastre coches
si los que mas le dan los buenos dias,
suelen dejarle mas á *buenas noches*?

¡Oh cuantas, vive Dios, melancolías
que le ocasiona á un ciego aquel antojo
que á otros da mil consuelos y alegrías.

A la morena ó del cabello rojo
no la enamora si á tentar no acierta,
porque no le es posible *echarla el ojo*.

Nunca puede tener una reyerta
que aunque el valiente se haga siempre es cero,
para estar si le embisten *ojo alerta*.

Sufre cuando le engaña algun tendero
pues ni el lienzo distingue á la batista,
ni á *ojo* puede medir *de buen cubero*.

Bien su suerte le amarga y le contrista
si aunque el grado alcanzara de Regente,
no pudiera vivir en *Buena-Vista*.

Fuera en hacer convenios un demente
porque de alguien pagara los antojos,
que lo mirara mas; y finalmente

Porque aunque otro le cause mil enojos
y le inspire total desconfianza,
tiene que hacer el trato *á cierra ojos*.

Aun mas razones mi caletre alcanza;
pero si has visto ya, que no lo dudo,
á que lado se inclina la balanza;

A este problema resolver acudo,
diciendo al fin para acabar aprisa,
que mas malo es ser ciego, que ser mudo.

Tú con gracia y verdad mas llana y lisa
lo contrario dirás, proporcionando
placer á los lectores de la Risa.

Yo me quedo por hoy felicitando
de salir de tan pícaros aprietos,
á tus lindos tercetos contestando,
(aunque me haga pesado) con tercetos.

Juan Martinez Villergas.

LAS MELENAS.

Soneto.

De cuantas inventó la culta Francia
modas sublimes de hermosura llenas,
el uso de románticas melenas
es el colmo feliz de la elegancia.
La cortedad es signo de ignorancia,
de cabeza dó el vello asoma apenas,
jamás he visto producciones buenas
que atestigüen al hombre de importancia.

Mientrás á nadie luce el pelo corto,
por sus rizos aprecian al que es cero
Madrid, París, Milan, Londres y Oporto.
Con mis melenas pues, al mundo quiero,
por vida de Absalon, dejar absorto...
No hay notabilidad sin peluquero.

Wenceslao Ayguals de Izco.

AMBIGÚ.

Menestra con sustancia de zanahorias.

Se pone media libra de manteca fresca en una cazula, se añade cierta porcion de zanahorias rojas cortadas en rebanadas sutiles, y ocho ó diez cebollas partidas en cuartos: se menea todo de manera que no se pegue nada en el fondo y mientras esto se hace, se le echa de cuando en cuando caldo, y se añade de azúcar el grueso de un huevo; se deja cocer todo á fuego lento el espacio de tres ó cuatro horas, hasta que las zanahorias pueden espachurrarse perfectamente. Despues de haberlas puesto en un tamiz, majado y humedecidolas con caldo que se conserva aparte, se ha de tener cuidado que la sustancia sea clara, y que no hierva demasiado tiempo, porque entonces adquirirá acritud; se la despuma y desengrasa, haciendo que llegue á una consistencia conveniente, sea para confecionar la menestra, sea para cubrir las entradas.

Menestra con sustancias de raices.

Sea la que quiera la que se elija de ellas, ya zanahorias, apio, nabos, cebollas ó espinacas, ó bien que se cojan todas juntas, siguiendo para cada una los métodos indicados, despues de haberlas hecho cocer en agua ó en caldo, se obtienen otras tantas sustancias como puede haber gustos diferentes, y no se trata sino de sazonarlas segun conviene.

No debiendo hacerse las sustancias sino con los granos ó féculas de granos cereales, ó bien con los cogollos mas tiernos de las plantas leguminosas que mas comunmente se emplean para alimento del hombre, merecen por consiguiente en el arte de preparar las sustancias alimentarias las mas grandes atenciones; asi es que no habrá cuidado de mas en la manera de hacerlas capaces de digerirse fácilmente, y esto se logra por la sazon conveniente que se les dé, aun mas que por todo otro medio; deben comprenderse en la clase de alimentos favorables á la nutricion.

Menestra de pepinos.

Se cocerá en agua una cantidad suficiente de pepinos mondados y cortados en pedazos pequeños; se les retira del fuego despues que se hayan cocido, se les deja escurrir, se despachurran en en un colador, y se les humedece con leche hervida antes de servirse de ellos. Se les sazona despues con sal ó con azúcar, y en el momento en que estan próximos á su hervor, se ponen sobre el pan cortado en rebanadas muy delgadas.

Menestra de cortezas con sustancia.

Se cortan rebanadas de pan mas ó menos gruesas, dándolas la figura que se quiera; se frien en manteca hasta que hayan adquirido un color rojo, y se colocan luego en una sopera, y por encima se echa una sustancia clara hecha de guisantes, judias, lentejas ó cualquiera otra legumbre.

Menestra con sustancia de aves caseras ú otras menores.

Se majan y humedecen en un mortero de mármol todos los restos de aves caseras ó menores que hayan podido juntarse: se hacen luego cocer con caldo por espacio de una ó dos horas, y se pasa todo por un tamiz para concluir la menestra.

NOTA.

Sentimos no haber podido insertar en este número la graciosa contestacion que FR. GERUNDIO acaba de dar á la comunidad de la *Risa*, prometiendo seguir escribiendo en este periódico. Lo haremos en el número inmediato, que contendrá ademas un romance de D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS, y otras composiciones.

Don José Bonilla, autor de las tragedias *Dion triunfante en Siracusa*, y *D. Alvaro de Luna*, de las comedias *Casilda*, *y una muger como muchas*, redactor del acreditado periódico el *Cisne* y escritor único del famoso *Mole*, periódico valenciano que tan gratos recuerdos ha dejado entre la gente de buen humor, acaba de ser asociado á la redaccion de la RISA, así como D. A. Ribot Fontseré, poeta catalan, ventajosamente conocido en el mundo literario.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias; advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerias de *Cruz*, de *Razola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la GALERIA REGIA.—No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

La Risa no admite el cambio; pero se enviará *gratis* á cuantos periódicos tengan la bondad de anunciar y recomendar las entregas á medida que se vayan publicando.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.